

ETIQUETA Y BOATO EN LA CORTE DE LOS VALOIS*

Claude Benoit Morinière

Universitat de València

RESUMEN

Durante el reinado de la dinastía de los Valois, que duró doscientos sesenta y un años, se creó en Francia la etiqueta y el ceremonial de la vida cortesana. A medida que se fue construyendo y estabilizando el estado monárquico, se produjo una centralización del poder real que evolucionaría hacia la monarquía absoluta. Se impone una nueva vida de corte, inspirada desde finales del siglo xv por la princesa Ana de Beaujeu, hija de Luis xi, y por Ana de Bretaña, casada en segundas nupcias con Luis de Orleans, coronado bajo el nombre de Luis xii. Este último casa a su hija Claude de Francia con el duque Francisco de Valois-Angulema, que reinará bajo el nombre de Francisco i. Gracias al aporte cultural y artístico del Renacimiento y a la ambición del rey, nace una nueva nobleza, que vive en la corte y participa de la magnificencia que rodea a la familia real. La corte se ha convertido en un órgano político y en un instrumento de poder. Es, además, una escuela de disciplina y comportamiento. Con Enrique ii y Catalina de Médicis, el boato y la magnificencia llegan a su apogeo. La reina regente, después de la muerte del rey, mantendrá el respeto de las conveniencias y el buen tono en la corte durante el reinado de sus tres hijos. Pero será el último, Enrique iii, el que fijará definitivamente el protocolo cortesano y su rígido reglamento, que durarán hasta la extinción de la monarquía francesa en 1789.

PALABRAS CLAVE: monarquía, etiqueta, ceremonia, boato, corte.

ABSTRACT

«Etiquette And Ceremonial Life In The Valois' Court». During the reign of the Valois dynasty, which lasted two hundred and sixty-one years, etiquette and ceremonial life of courtesan life were created in France. As a monarchist state developed and stabilized, a centralization of real power took place, evolving towards an absolute monarchy. A new life in the court is established, inspired from the end of the 15th century by Princess Anne of Beaujeu, daughter of Louis xi, and by Anne of Brittany, remarried to Louis of Orleans, crowned with the name Louis xii. He marries his daughter Claude de France to the Duke Francis of Valois-Angoulême, who will reign under the name of Francis i. Thanks to the artistic and cultural achievements of the Renaissance and to the ambition of the king, a new nobility is born, which lives in the court and participates in the magnificence that surrounds the royal family. The court has become a political body and an instrument of power. It is also a school of discipline and behaviour. With Henry ii and Catherine de Medici, the pomp and splendour reached its zenith. The regent, after the death of the king, kept up with the conveniences and good tone in the court during the reign of her three children. But it will be the last, Henry iii, who finally defined court protocol and its rigid rules, which last until the expiry of the French monarchy in 1789.

KEY WORDS: monarchy, etiquette, ceremonial, pomp, court.



La dinastía de los Valois es una de las más largas de la historia de la monarquía francesa. Reinó a lo largo de 261 años, más que la dinastía de los Borbones, sacrificada trágicamente durante la Revolución francesa, al cabo de dos siglos. El reinado de los Valois comienza en 1318 con el acceso al trono de Felipe VI, para evitar que la corona pasase a manos de Eduardo III de Inglaterra o de Juana de Navarra —los herederos legales—, lo que provocaría la Guerra de los cien años. La dinastía se extingue con la muerte de Enrique III, el 2 de agosto de 1589.

Conviene distinguir entre los Valois directos, procedentes de la rama Valois de los Capetos, los Valois-Orleans —descendientes de Luis de Orleans— y los Valois-Angulema —descendientes del hijo segundo de Luis de Orleans.

A pesar de las sucesivas ocupaciones y divisiones de su reino, los Valois consiguieron reforzar el poder real al reconquistar las tierras ocupadas por los ingleses. Aunque fueran muy distintos unos de otros, lograron construir el estado monárquico. Llegaron y se mantuvieron en el poder por la aplicación de la ley sálica, lo que les obligó a luchar continuamente para defender su legitimidad.

Esta dinastía sufrió numerosas guerras (Guerra de los cien años, guerras de Italia, guerras civiles y terribles guerras de religión), epidemias de peste, y situaciones límite cuando el reino estuvo a punto de desaparecer. A pesar de todo, las fronteras del país se extendieron al recuperar el Dauphiné, Provenza y el Franco-Condado. Gracias a la guerras de Italia, el Renacimiento penetró y se desarrolló en Francia. El poder real se centralizó, se perfeccionó la administración, se creó el Parlamento y se constituyó un ejército permanente. Finalmente, los reyes de esta dinastía fueron mecenas y favorecieron el auge de las letras y de las artes.

1. PRECURSORAS

Mientras las primeras cortes conservaron su carácter medieval, con tendencia a una cierta austeridad fuera de las celebraciones tradicionales, la esposa de Luis XI, Carlota de Saboya, supo rodearse de una corte más numerosa y mantuvo un lujoso tren de vida y un séquito relativamente importante, si los comparamos con las cortes anteriores: «Quince damas y damiselas de honor, doce camareras ocupándose del gobierno de su casa»; además, «Su hotel comportaba más de cien oficiales domésticos, consejeros, ayudas de cámara (valets de chambre), secretarios, jefes de comedor, jefes de las finanzas, capellanes, librerros, tocadores de laúd y de zanfonía, médicos, boticarios [...], orfebres, paneteros, tapiceros, oficiales de cocina, sastres, zapateros, talabarteros, capellanes»¹.

Carlota de Saboya aparece pues como la precursora de las reinas y reyes que poco a poco darían a la corte de los Valois este impresionante boato y esta rígida etiqueta que culminaría con los Borbones, en la persona del Rey Sol y la corte de Versalles.

* Fecha de recepción: 24-07-009.

¹ J. GODARD, *Lys en Val de Loire*/6, *Une flambée d'or*, Paris, Stock, 2004, pp. 99-100.

Nos situaremos a finales del siglo XV, cuando reina todavía la rama directa de los Valois, en el momento de la desaparición de Luis XI y de la regencia de su hija Ana de Francia, más conocida por Ana de Beaujeu, apellido de su esposo Pedro de Beaujeu. Hija de un rey enemigo de todas las celebraciones, avaro, devoto y solitario, pero también de Carlota de Saboya, Ana de Beaujeu, duquesa de Borbón y regente hasta la mayoría de edad de su hermano, el futuro Carlos VIII, mantiene en Moulins con su marido una brillante corte a imagen de su poderío. En este momento, la fama de Moulins y el poder de la familia ducal alcanzan su apogeo, a pesar de la peste que destroza el ducado (el Bourbonnais). Protectores de las artes y las letras, mandan pintar el célebre tríptico del «Maestro de Moulins». La duquesa decide acondicionar el ala norte del palacio ducal. Anne de Beaujeu redacta para su hija *Las Enseñanzas de Ana de Francia a su hija Susana de Borbón*, donde aconseja a la futura princesa para su vida futura, sin olvidar informarle sobre las sutilezas de la vida cortesana.

Por otra parte, la administración ducal, reorganizada y modernizada, cuenta con unos 1.650 funcionarios, sólo en Moulins. El fasto y el brillo de esta corte ducal han sido celebrados en numerosos textos y anales, como siempre acorde con el gusto refinado de la regente.

En su libro: *Vidas de damas ilustres, francesas y extranjeras*, Brantôme alaba la casa de Borbón y a su Gran Dama en estos términos:

No hubo ni damas ni hijas de nobles casas de su tiempo que no hayan aprendido de ella alguna lección, siendo por entonces la casa de Borbón una de las más grandes y espléndidas de la cristiandad. Así, ella le daba su valor; pues aunque fuera opulenta en sí por sus grandes bienes y riquezas, ella, con su buena mano para regentarla, la enriqueció aún más. Todo le valía para dar mayor brillo a esta casa. Además de ser espléndida y magnífica por su propia naturaleza, y que no quería perder su grandeza primera, tenía también grandes bondades para sus seres queridos...².

Pero cuando realmente se observa un auge notorio del boato en la vida de la corte es con el advenimiento de la Duquesa Ana de Bretaña, convertida en reina de Francia por dos veces. Casada por intereses políticos en ambas ocasiones, para unir Bretaña al reino de Francia frente a las pretensiones inglesas y borgoñonas, fue en primer lugar la esposa de Carlos VIII, con el que tuvo cuatro hijos que murieron en su más tierna edad. Al morir el rey accidentalmente con 28 años y sin descendencia masculina, su viuda tuvo que volverse a casar con el primo del rey, Luis de Orleans (según lo convenido por la regenta Ana de Beaujeu en el matrimonio de Ana con su hermano, para que Bretaña siguiera unida a Francia). Este pretendiente al trono y heredero legal, hijo del poeta Carlos de Orleans y María de Clèves y perteneciente a la rama de los Borbón-Orleans, reinaría bajo el título de Luis XII. Veamos cómo regentó la corte real esta joven bretona conocida entonces como: «la duquesa con zuecos».

² BRANTÔME, *Vies des Dames illustres, Françaises et Étrangères*, nouvelle édition, introduction et notes de Louis Molland, Paris, Garnier frères, 1868.



Hasta entonces, el entorno del rey de Francia era esencialmente masculino y la palabra «corte», empleada para designar a los consejeros y allegados del rey, tenía más bien un sentido jurídico y político. Sin embargo, durante el reinado de Carlos VII, que mantuvo públicamente a su favorita Agnès Sorel, y con la influencia del rey Renato de Anjou, admirador de la cultura italiana, se había desarrollado, aunque tímidamente, una vida cortesana con una relativa presencia femenina³. Pero Luis XI suprimió todo lo relativo a la corte. Su mujer, encerrada en Amboise, se rodeó, como lo hemos visto anteriormente, de un servicio numeroso y de una corte de honor. Carlos VIII, su hijo, repartió su tiempo entre los placeres de la caza y las guerras de Italia. Ana de Bretaña, con sus embarazos sucesivos, no tuvo ninguna opción. Sin embargo, durante su segundo matrimonio, más madura y con mayor libertad, decidió crear una verdadera corte alrededor de la pareja real y diseñar su composición y funcionamiento.

Como lo diría Francisco I más tarde, «una corte sin mujeres es un jardín sin flores». Las mujeres, con su belleza y su elegancia, son el mayor atractivo de la corte. Ana de Bretaña reúne majestad y distinción. Su fuerte personalidad se refleja en su forma de vestir, en sus adornos, en los símbolos de su Bretaña natal como son el armiño, el tocado de terciopelo negro finamente bordado, sus dos perfumes: la rosa de Provins y la violeta, así como el cordón que ciñe su cintura, representando las armas ducales.

Es una mujer discreta en el vestir pero el lujo la rodea: vajillas de oro y plata, joyas, tapices blasonados, libros raros; para su solaz, perreras, pajareras, cuardras, servidumbre ataviada con los colores de Bretaña: terciopelo rojo y amarillo adornado de armiño, una guardia de arqueros que pasa de doscientos, venidos todos de su país natal.

Un enjambre de mujeres de abolengo la acompaña, permaneciendo en la corte a diferencia de las costumbres anteriores, que sólo les permitían una presencia esporádica. Ana es la primera en organizar « la gran corte de las damas », un numeroso séquito elegido entre las hijas de nobles cortesanos. Para estos era un gran honor mandar a sus hijas a formar parte de esta « bella escuela para las damas », lo que les auguraba un matrimonio de lo más ventajoso. Así, la reina consiguió reunir a las más nobles y bellas. Se encargaba de su formación y de su conducta, que tenía que ser irreprochable. Era muy estricta en este punto. Margarita de Navarra, hermana de Francisco I, cuenta, en una de las jornadas del Heptamerón, la triste historia de la pobre Ana de Rohan⁴, sorprendida en compañía de un pretendiente sin fortuna y, por ello, exiliada en un castillo de provincia sin poder casarse con él.

A pesar de esta severidad de costumbres, la corte resulta de lo más brillante. La presencia femenina provoca un refinamiento en los comportamientos, una búsqueda de la elegancia por parte de los hombres, un cambio de temas en las conver-

³ Cf. S. BERTIÈRE, *Les reines de France au temps des Valois*, tome 1: *Le beau XVI^e siècle*, édit. De Fallois, 1994, p. 109 y ss.

⁴ Dama de honor de Ana de Bretaña.

saciones, una mayor cortesía, una nueva «politesse». Aparte de las labores de bordado y tejido y la música, que pertenecen a las ocupaciones femeninas tradicionales, la soberana favorece el florecimiento de las letras y de las artes. Protege a escritores, como los retóricos Jean Meschinot y Jean Marot, padre de Clément; otorga pensiones a los artistas, como al conocido iluminador Jean Bourdichon, autor de su famoso *Libro de Horas*.

El resplandor de la corte contribuye a su prestigio, y Luis XII, consciente de ello, invita a príncipes y embajadores extranjeros, encantados del trato que reciben y de la belleza y educación exquisita de las damas, entre las cuales pueden optar incluso a escoger una esposa. «La corte, entre las manos habilidosas de la pareja real, está en trance de convertirse en el instrumento político que será en los siglos venideros»⁵.

Para cerrar esta primera época, podemos considerar que tanto Carlota de Saboya y Ana De Beaujeu como su cuñada Ana de Bretaña fueron las precursoras de las grandes cortes de los reinados posteriores. Como lo señala Pierre Louis Roederer, «la dulzura y la cortesía de las costumbres se hacen notar en Francia desde la regencia de Ana de Beaujeu, después de la muerte de Luis XI y de la boda de Ana de Bretaña con Luis XII»⁶.

2. SU MAJESTAD FRANCISCO I

Con la muerte de Luis XII, el uno de enero de 1515, se extingue la rama de los Valois-Orleans. Numerosos cambios políticos y sociales aguardan al país en este principio de siglo. Luis XII había casado a su heredera, Claudia de Francia, con su primo el duque de Valois-Angulema, al que estaba prometida desde el 21 de mayo de 1506, cuando sólo contaba seis años⁷. Las bodas, celebradas el 18 de mayo de 1514, no tuvieron todo el boato y la magnificencia que se merecían. La corte, enlutada por la muerte reciente de la reina Ana, no pudo hacer gala de su riqueza y suntuosidad. Pocos fueron los invitados. La familia real vestía de negro, «ni sombra de tisú de oro o de seda, de satén o terciopelo, ni música, ni torneos». Solamente la misa y, después, la cena. Con esta boda, tan carente de fasto, contrasta la de Margarita, hermana de Francisco, con el duque Carlos de Alençon, celebración llena de vistosidad y esplendor gracias a la generosidad del rey Luis XII.

«Antes de Francisco I, no existía ni espíritu cortesano, ni costumbres cortesanas, ni nación cortesana, ni patrocinio cortesano, ni clientela cortesana, ni domi-

⁵ Cf. S. BERTIÈRE, *op. cit.*, p. 113.

⁶ P.L. ROEDERER, *Conséquences du système de cour établi sous François Ier*, Paris, Hector Bossange, 1833, p. 2.

⁷ Sus padres se habían querellado a cuenta de este compromiso ya que Ana de Bretaña quería casar a su hija con el futuro Carlos V, en contra de la voluntad de Luis XII, que temía perder Bretaña y numerosas propiedades del reino de Francia.



nación cortesana»⁸, afirma Roederer. Con el advenimiento al trono del duque de Valois-Angulema, en los albores del siglo XVI, una nueva nobleza invade la corte. Se acabó la antigua nobleza militar y propietaria de grandes territorios. Bajo el barniz de la elegancia y el refinamiento, se convierte en una clase estéril y parasitaria. La caballería y su espíritu han desaparecido. Se desarrolla ahora una nueva clase, la de la gente de toga, ennoblecida por el rey, que representa la elite al servicio del monarca⁹.

Las diversiones de la corte se multiplican. Las fiestas, los espectáculos, el fasto cuestan tanto dinero como las guerras. Francisco gastó sumas colosales en las fiestas cortesanas, en las guerras continuas y en la construcción o mejoras de los castillos. A él se debe la primera deuda pública que produjo desórdenes en las finanzas hasta 1789.

Sin embargo, si se sigue considerando a este rey como una figura emblemática, se debe al inmenso aporte intelectual y artístico que trajo entonces el Renacimiento francés, añadiendo grandeza y magnificencia a su corte y a su reinado. Fue protector y mecenas de numerosos humanistas, músicos y poetas¹⁰, fundador del célebre Colegio de Lectores Reales —hoy, Collège de France— y llamó a su lado a grandes artistas italianos como Leonardo Da Vinci, Miguel Ángel, Benvenuto Cellini, Rosso, Primaticcio, etc.

Tampoco dejó de lado la música, arte central en todas las manifestaciones reales para dar muestra de la grandeza del reino. En efecto, la música es omnipresente en la vida de la corte: bautismos, funerales, bodas, entradas reales, recepción de príncipes o embajadores extranjeros, celebraciones de misas, bailes y otras diversiones. El rey manda reclutar chantres, cantantes, copistas, organistas, violas y toda clase de instrumentos: trompetas, pífanos, oboes, violines, laúdes etc., para el placer del oído. Llama a grandes compositores y virtuosos —Claude de Sermissy, Sandrin, Albert de Rippe— cuyos nombres fueron recogidos en los archivos de la época que explican, además, cómo funcionaban los diferentes cuerpos musicales de la corte: La Capilla, la Escudería y la nueva música de Cámara, confirmando el sitio que ocupaba la música en los pequeños y grandes acontecimientos del reino.

Para poder desplazarse con toda la corte, el rey construye o renueva suntuosos castillos a imagen de la grandeza real, en particular, los castillos de Blois, Fontainebleau et Amboise¹¹. En este último, pasa los tres primeros años de su reino. En este momento, Amboise brilla con su más vivo resplandor. Se organiza la vida cortesana, se civiliza, se suaviza. Fiestas magníficas se van sucediendo: bailes, torneos, mascaradas, lucha de fieras, conciertos...

Los desplazamientos de la corte se multiplican. Hay que subrayar que todos los reyes de Francia fueron itinerantes por razones meramente políticas. Fue

⁸ *Ibid.*, p. 57.

⁹ Cf. PH. CONTAMINE, «L'État et les aristocraties», extrait de la publication *L'État et ses aristocraties (France, Angleterre, Ecosse), XII-XVIIe siècle*, 45 rue d'Ulm, Paris, 1989, p. 16.

¹⁰ Tales como Ronsard y Du Bellay.

¹¹ En este castillo, el soberano ha pasado gran parte de su infancia en compañía de su madre, Luisa de Saboya, y su hermana Margarita de Valois-Angulema.

para ellos la única manera de conocer a su pueblo y darse ellos mismos a conocer. Estos encuentros se hacían en un clima festivo, de júbilo, que favorecía una mayor adhesión a la monarquía. Se organizaba una especie de inmenso show, como diríamos hoy, en el que todos los espectadores estaban invitados a participar. Las ciudades empavesadas, las calles decoradas esperaban la «entrada» del rey, acompañando de la reina, que venía a dar una imagen de paz, prosperidad y confianza. Si la reina estaba encinta, tanto mejor. Encarnaba entonces la fecundidad del reino y una promesa de porvenir. También se aprovechaban estos desplazamientos para tratar asuntos económicos y administrativos y para cazar, si se presentaban las condiciones oportunas, o pedir subsidios para contrarrestar la deuda creciente del tesoro real.

Al rey, le gustan sobremanera estas entradas multitudinarias, su solemnidad, las aclamaciones, los arcos de triunfo multicolores, las justas y los torneos, las trompetas y los vítores de la muchedumbre enfervorizada. Durante el año 1517, la caravana real emprendió un desplazamiento que duraría ¡año y medio! En febrero de 1520, Luisa de Saboya, madre del rey, organiza en su ciudad de Cognac tres semanas de festividades de ensueño. Todo esto forma parte de una vasta organización para fomentar el culto a la monarquía.

Margarita, la hermana del rey, participa del brillo de la corte. Es una pieza fundamental en el cuadro complejo de la realeza de la época. Hacia 1530, juega el papel de anfitriona en la corte; asiste a las recepciones de los embajadores, se ocupa de obras de caridad. Se ha convertido en la inspiradora a la que se dedica todo lo que se escribe. Tiene más encanto que la buena Claude de Francia, deforme y siempre embarazada, y más, también, que la reina Eleonor (hermana de Carlos v), segunda esposa de Francisco. Además, posee una gran cultura y una profunda inteligencia. Un abismo intelectual y moral separa a las dos mujeres. Profesa una verdadera adoración hacia su hermano y ha intervenido, cuando ha sido necesario, en los asuntos del reino¹².

En cuanto a la reina, se limita a su papel de reina: el de la representación. Entre 1532 y 1534, sigue a la caravana real a todas partes; toma parte en los cortejos, las entradas, los desfiles, fiestas con hogueras, festines, paradas. Ocupa el lugar que le corresponde en las ceremonias y recepciones. Existen pruebas iconográficas de estos magníficos espectáculos. En un fresco de Vassari, en el Palazzo Vecchio de Florencia, la vemos en las bodas reales de Enrique II y Catalina de Médicis, rodeada de toda la corte.

Durante el viaje de Carlos v a Francia (invierno de 1539-1540), cuando éste atravesó el reino para desplazarse a Flandes, Francisco I hizo gala de su generosidad y magnificencia. Le recibió con gran pompa, con paradas, festines, cabalgatas, ríos de vino escanciados en las plazas públicas, intercambios de regalos regios y promesas.

¹² Fue la embajadora de Francia en Madrid ante Carlos v cuando Francisco I estuvo prisionero y a punto de morir.



Como resultado de esta política, la gran cortesía que caracteriza la corte real, la dulzura y la elegancia de sus costumbres, atraen sobre Francia las miradas embelesadas de los extranjeros. Todo concurre a la mayor gloria del monarca y de su país.

Pero la corte no es solamente escaparate y diversión; se considera también como una escuela de formación social. El rango implica una obligación social de representación. El mismo rey debe acordar sus gastos según su rango real. Debe satisfacer a sus obligaciones de representación¹³. Así, en el célebre encuentro llamado «del Campo del Paño de Oro», en 1520, entre Enrique VIII de Inglaterra y Francisco I de Francia, ambos rivalizan en cuanto al lujo que les rodea, al boato de su séquito, la elegancia y la riqueza de su vestimenta, el fasto de las festividades celebradas para esta ocasión —banquetes, torneos, fiestas de toda índole— pues se trata de impresionar y forzar la admiración y el respeto del adversario.

Iniciado por su madre y su hermana a la elegancia tanto en la vida espiritual como en el vestir y el comportamiento exterior, Francisco I buscaba siempre el refinamiento para sus trajes y tocados de corte o de gala. Marino Cavalli le describe con estas palabras: «La elegancia en la vestimenta es uno de sus rasgos distintivos [...] Resulta algo rebuscado en su indumentaria, que lleva muy engalanada y ornada con pasamanería, rica en pedrerías y adornos de valor; los jubones, tejidos en oro, están muy trabajados. Esta vida llena de delicadeza y de primera calidad contribuye, sin duda, a preservar su salud»¹⁴.

Como lo atestigua la vida de la corte, el espíritu aristocrático dominaba la mentalidad de los dirigentes, la del rey inclusive. Pero la corte no fue únicamente un lugar de diversión, de espectáculos, detrás del cual se iba elaborando y realizando una labor seria. No fue sólo esta feria de las vanidades evocada en tantos textos literarios y documentos. También fue un lugar de poder, un órgano político de primera utilidad y eficacia. Era el sitio idóneo para domesticar a los cortesanos, tenerlos controlados, evitar las sublevaciones y las infidelidades. Instrumento de control sin par, era una máquina de gran poderío e influencia sobre todo el reino. Pero, por un movimiento dialéctico, si en la corte el rey domesticaba a los cortesanos, se hallaba, a su vez, prisionero de costumbres, usos y mentalidades sobre los que no mandaba¹⁵.

Así y todo, cada uno tenía asignado un rango y una función determinados. Antes de Francisco I, los reyes sólo tenían una familia, una guardia, unos domésticos, grandes oficiales de la corona independientes pero ninguna corte habitual o permanente, sino su real casa. Pero él dio una nueva organización a la corte y a la casa real que sería demasiado largo de describir. Remito al artículo de Pierre Louis

¹³ Cf. N. ELIAS, *La Société de cour*, préface de Roger Chartier, Paris, Flammarion, coll. Champs, 1985 (réed.).

¹⁴ C-D. DUBOIS, «François Ier et François Rabelais: aspects de la vie culturelle au temps de François Ier», *François Ier du château de Cognac au trône de France, Annales du GREH*, núm. 16, 1995, p. 252.

¹⁵ P.L. ROEDERER, *op. cit.*, p. 20.

Roederer que ya he citado varias veces. Mencionaré rápidamente que los oficios se dividieron en 4 clases: servicio de honor, servicio noble, servicio ennoblecedor¹⁶ y servicio plebeyo. El servicio de Honor admitió también a las mujeres. El rey multiplicó por cuatro las damas y damiselas de honor en la casa de la reina. Estableció casas semejantes para su hermana y las princesas de su familia. En todas ellas, multiplicó de forma excesiva el número de oficiales. Elegía o rechazaba personalmente a las personas que componían el personal de dichas casas.

Estas disposiciones provocaron grandes cambios en el espíritu de la corte que se hacía cada vez más atractiva por la presencia femenina. La afluencia de los grandes fue prodigiosa. Jamás se había visto tal cantidad de mujeres, de príncipes de la Iglesia —cardenales, prelados, arzobispos, obispos¹⁷—. Se marcaron las diferencias de rangos entre los oficiales, los subordinados, los cortesanos sin oficios, los títulos —la nobleza antigua y la más reciente—. La corte se hallaba separada del resto de la nación por las condiciones de su nacimiento. Aquí entraba la etiqueta para reglamentar tanto los servicios de la casa real como también los derechos y obligaciones de los cortesanos voluntarios.

3. LA ETIQUETA EN TIEMPOS DE FRANCISCO I

Como bien se sabe, la corte es un sistema de convenciones y coacciones. Es un espacio creador de normas y reglas, una escuela de disciplina y comportamiento. La etiqueta reglamenta el sitio, la función, la actitud, el menor gesto de cada uno. Instituye una sociedad estrictamente jerarquizada. También es un instrumento de dominación ya que permite al rey mantenerse siempre en un nivel inalcanzable por sus súbditos, cualquiera que sea su condición social.

La etiqueta y el ceremonial constituyen las dos mayores barreras entre el rey y los que le rodean. Sirven para separar al rey de los grandes y para separar a los grandes de su corte de los que no pertenecen a ella. Pero mientras la etiqueta se ocupa de la vida privada del rey —aunque ésta se desarrolle en público—, el ceremonial rige su vida pública —las ceremonias de estado.

En Francia, la etiqueta se desarrolló principalmente durante los reinados de Francisco I, de su hijo Enrique II, su nieto Enrique III y más tarde, en la corte de Luis XIV.

La etiqueta forma parte del culto monárquico. Permite al rey manifestar su satisfacción o su desagrado frente a sus cortesanos, dándoles o retirándoles el honor de servirle y estar cerca de él. Gracias a ella, se pueden marcar los grados de favor a los que el rey los eleva: figurar en la lista de un viaje a Chambord o Fontainebleau,

¹⁶ Esto significa que un servidor del rey podía adquirir un título de nobleza al cumplir con determinados servicios. Así, el «valet» toma el título de «écuyer» y será ennoblecido mediante ciertos servicios.

¹⁷ Desde la firma del Concordato en 1530, el rey los elegía personalmente.



sostener el candelabro¹⁸ durante el coucher del rey o dejar de hacerlo... Ayudar al rey a ponerse la camisa es un privilegio inmenso.

La etiqueta permite también al cortesano afirmarse y dar constancia de su puesto frente a los otros miembros de la corte. Establece barreras entre los cortesanos y protege al rey de toda clase de familiaridades.

Francisco I creó el cargo de Maestro de ceremonias en la persona de Jean Pot de Chemault. Le sucedió su hijo, Guillermo Pot de Rhodes, inspirador de las reglas que formarían la etiqueta de la corte. Recibió el nombramiento de Gran Maestro de ceremonias.

Por su parte, el rey no pierde ocasión de afirmar su autoridad. Le pertenece la fórmula bien conocida: «Ya que tal es nuestro buen placer» que rubrica sus escritos. También la expresión «Vuestra Majestad» comienza a usarse durante su reinado. Este tratamiento está reservado para las relaciones internas entre el rey y sus súbditos.

Está prohibido que las mujeres presenten algo al rey. Si reciben algo de su mano, deben besarla.

En la habitación de la reina, sus damas y damiselas se sientan en el suelo. Son imposiciones de la etiqueta. Para ser considerado como noble de origen, hay que poder probar ciento cuarenta años de nobleza reconocida. Digamos que esta condición estaba reservada para los hombres. En cuanto a las mujeres, bastaba que fueran ricas y hermosas, o sea, del agrado del monarca.

El rey se preocupó de marcar diferentes grados entre la realeza y la corte, la corte y la ciudad, la nobleza cortesana y la nobleza inferior, entre los mismos cortesanos. Había comprendido que esta diferencia entre los grados favorece el poder, incitando en los inferiores el deseo de elevarse.

La mayoría de los cortesanos padecían el temor de ser olvidados y mantenían viva la esperanza de una futura promoción. Todos tenían el deseo de agrandar a Su Majestad.

Además, la corte obligaba a cultivar ciertas cualidades, tales como el arte de observar a sus semejantes, el de observarse a sí mismo para disimular sus sentimientos y sus pasiones, para reprimir su ira y permitía aprender el arte de manejar a los hombres.

En definitiva, Francisco I quiso que la organización de la corte y su etiqueta fueran útiles al gobierno de la nación.

4. EL BRILLO DE LA CORTE DE ENRIQUE II

A la muerte de Francisco I, el 31 de marzo de 1547, el trono pasa a su segundo hijo Enrique II —ya que el primogénito, Francisco II, muere en 1536, con

¹⁸ Se trata de un pequeño candelabro de oro que un *valet de chambre* lleva cuando el rey se acuesta y que éste manda entregar a uno de sus cortesanos para que lo sostenga mientras él se va desvistiendo, lo que representa un gran honor para el que ha sido elegido por Su Majestad.

dieciocho años—. Enrique se había casado con Catalina de Médicis en 1533. Hija de Lorenzo de Médicis y Madeleine de la Tour, y huérfana con tan sólo tres semanas, la Duchessina, protegida sucesivamente por dos papas —León X y Clemente VII— había recibido una educación exquisita y una sólida formación entre Roma y Florencia, ciudades en la cumbre del renacimiento italiano, lo que explicaba su sensibilidad artística y su extensa cultura. La boda, preparada por el mismo Francisco I, tuvo la pompa y el boato de unos esponsales reales.

La nueva reina de Francia adoptó con naturalidad la etiqueta y el reglamento de la corte francesa. En las capitales italianas, había participado en recepciones y ceremonias; había conocido el lujo y la prodigalidad de los Médicis, los fastos de la Iglesia y del estado. Había podido comprobar cuánto prestigio ejercen en la imaginación popular las exhibiciones y los grandes espectáculos. Por ello, no concebía el ejercicio de la autoridad real sin estas celebraciones públicas. Sus repetidos embarazos —diez entre 1544 y 1556— no le impidieron participar en todas las fiestas de la corte, ni desplazarse de castillo en castillo, siguiendo la tradición inaugurada por su ilustre suegro.

La corte de Enrique II brilló con tal resplandor que aún se recuerda en el siglo siguiente y Mme de La Fayette la recrea en su *Princesse de Clèves*, dando a entender que sus fastos sobrepasaban los de Versalles. Los buenos modales se respetan más que en tiempos de Francisco I; los comportamientos se hacen más rígidos y es mayor el respeto de las conveniencias. Aunque la favorita, Diana de Poitiers, asista a todos los actos y las diversiones de la corte, ocupando un puesto simétrico al de la reina en las tribunas oficiales —la presencia de estas dos ilustres mujeres al lado del rey no hace sino realzar el boato y la magnificencia del entorno real.

Pero la muerte accidental de Enrique II, en un torneo celebrado con motivo de la boda de su hija Isabel con el rey Felipe II de España, el 10 de julio de 1559, convierte a Catalina en viuda desconsolada que, después de rendir honores superlativos a su esposo desaparecido, se erige en madre de reyes o regenta según las circunstancias, puestos de poder y de mando que mantendrá durante treinta años.

Los funerales del difunto duraron treinta días. Jamás se vio tanta pompa con el fin de asociar todo el reino al dolor provocado por la desaparición de un monarca. Se sigue un ritual reglamentado con minuciosidad dentro de un marco fastuoso¹⁹. El corazón y las entrañas del rey reciben sepultura aparte mientras se embalsama su cuerpo antes de meterlo en el ataúd. Entre los vapores del incienso y el fulgor de los cirios, monjes y sacerdotes de alto rango se turnan para rezar y celebrar las 6 misas diarias obligadas que resuenan en toda Francia. Se ha procedido a moldear la máscara mortuoria de la cual se saca una efigie de cera. Se ha confeccionado una figura de madera a medida del rey, ataviada con los ropajes reales —túnica de satén con flores de lis y capa de armiño—, y durante una semana, un numeroso público desfila delante de este simulacro para rendir el último homenaje a su rey.

¹⁹ Cf. La descripción minuciosa que hace Simone BERTIÈRE en su libro: *Les Reines de France au temps des Valois*, tome 2, *Les années sanglantes*, Paris, éditions de Fallois, Paris, 1994, pp. 12-13.



Para recibir la urna que contiene su corazón, la reina encarga al artista Germain Pilon el admirable grupo de Las Tres Gracias, destinado a la iglesia de los Celestinos pero actualmente en el Louvre. Para construir la vasta rotonda que enmarcará las tumbas reales en Saint-Denis, acude a los mayores artistas del momento²⁰. Este despliegue de fasto engrandece, no sólo la figura del rey, sino también la de su esposa, que comparte su gran prestigio.

5. CATALINA Y LA CORTE DE LOS ÚLTIMOS VALOIS

Pero las guerras de religión, las luchas internas entre las grandes familias y los terribles acontecimientos²¹ que devastan el país parecen amenazar la magnificencia de la corte. La sucesión de tres reyes, los tres hijos varones de la pareja real, producirá periodos de luces y sombras. La muerte prematura del rey Francisco II en 1560 le otorga el mando a Catalina. Lo conservará, de forma más o menos aparente, hasta la muerte de Carlos IX y después seguirá compartiendo el poder con Enrique III.

Llegada la mayoría de edad de Carlos IX, su madre decide reorganizar la corte. Sigue convencida de que ésta constituye un incomparable instrumento de prestigio y de poder y escoge damas y damiselas de calidad, según su belleza, encanto, talento para conversar, cantar y bailar. Son el verdadero adorno de la corte y su feminidad exquisita contrasta con la aparente austeridad de la reina madre, con sus vestimentas negras de eterna viuda, su gordura y sus rasgos exentos de finura. Brantôme afirma que la corte de Catalina, a pesar de algunos escándalos, es una «escuela de virtud y buenas costumbres», y que es un «verdadero paraíso en la tierra».

Este restablecimiento quería demostrar que, como en el pasado, la nobleza seguía queriendo y apoyando a la monarquía y que Francia volvía a ser la de siempre ante los ojos del país y de los soberanos extranjeros. Incansable, Catalina organiza para el rey una vuelta a Francia que duró dos años largos²². Esta Vuelta a Francia

²⁰ Pierre Lescot, Bullant y Androuet du Cerceau. Cf. nota anterior.

²¹ Entre ellos, la conjuración de Amboise.

²² «el 13 de marzo, el cortejo emprende su ruta. Para el rey y su madre, unos enormes carruajes tirados por seis caballos [...] y unas literas de viaje llevadas por mulas, cuyo balanceo marea. Se han previsto también literas de parada descubiertas para las entradas en las ciudades. Las cuadras rebozan de espléndidas monturas [...]. Sigue el personal doméstico, médicos, cocineros, músicos, poetas, entre ellos, Ronsard. Y los bufones, los enanos, que tienen su propia 'Casa' en miniatura [...]. Y la casa de fieras. [...] los osos están aquí, sujetos por un anillo que les atraviesa el hocico. Hay también una mona, un loro, halcones, una jauría de perros de todas las razas. Una larga fila de carros y animales transportan la ropa de gala, las camas, la vajilla, además de los trajes y accesorios necesarios para los ballets y comedias. En esta 'capital ambulante', hay algunos soldados discretos. No es una expedición militar: el gran circo real lleva la paz. En su equipaje, Catalina arrastra al Consejo, los secretarios, los juristas, los embajadores extranjeros, todo lo necesario para ejercer el gobierno...», S. BERTIÈRE, *op. cit.*, pp. 106-107. (Traducción a cargo de la autora del presente artículo.)

seguía la tradición de las grandes paradas realizadas por Francisco I: visitas a los primeros vasallos, a numerosas ciudades con la ocasión de celebrar festines, fiestas, torneos, entradas solemnes, visitas familiares y diplomáticas pero, sobre todo, una ocasión única para el rey de conocer a sus súbditos y descubrir su reino. En cada ciudad, todos desfilan al lado del soberano, participando de los honores que se le prodigan, deslumbrados por los espectáculos. En unos tiempos llenos de inseguridad, este viaje, tan conforme a la tradición, resulta ser una empresa política de increíble audacia. El rey se muestra con la aureola de la pompa que corresponde a su persona sagrada. No teme a su pueblo. Por el contrario, va hacia él, lo quiere y lo asocia como antaño a la celebración de su grandeza. Se trata pues de una restauración de los fastos monárquicos en compañía de toda la alta nobleza.

Algunos años más tarde, el 18 de agosto de 1572, se celebraron, siempre por interés político, las bodas de Margarita de Valois —más conocida como la Reina Margot— con el heredero de Navarra, Enrique. El espectáculo ofrecido al pueblo de París fue grandioso.

Entre el obispado y la puerta principal de Notre-Dame, se han colocado los estrados tendidos de paño de oro por donde ha de desfilarse el cortejo nupcial, a la vista de la muchedumbre apretujada abajo. Avanza Margarita, vestida según su rango real, con la corona y la capa de armiño, rutilante de pedrerías, «y su gran manto azul con cuatro varas de cola llevada por tres princesas». El rey, vestido de sol, resplandece. La reina madre ha cambiado para la circunstancia su eterna vestimenta negra por el brocado púrpura. El público está de suerte. El intercambio de los consentimientos tiene lugar, no en el fondo de la catedral, sino al aire libre, ante los ojos de todos²³.

Las festividades nocturnas son un avance de las fiestas que se celebrarán en Versalles en honor del Rey Sol. El lujo, el fasto, la belleza del espectáculo quieren atestiguar la grandeza de la monarquía reinante. A pesar de las graves amenazas que pesan sobre su porvenir, a los nuevos esposos, de momento, sólo les corresponde divertirse. Por la noche, en la gran sala del Palacio de Justicia, se celebran el banquete, el baile y la mascarada. Para el decorado, el tema elegido representa «divinidades acuáticas, caballos marinos, arrecifes, escollos, conchas y mariscos»²⁴.

Al día siguiente, martes, cena y baile en el Louvre. El miércoles, se ofrecen:

los juegos, en un decorado propio de los misterios de la Edad Media: de un lado, el paraíso en forma de un jardín verde habitado por doce ninfas, un «cielo empíreo», una gran rueda que giraba sosteniendo los siete planetas y los doce signos del zodiaco; del otro, el infierno poblado por una multitud de diablillos que jugaban también con una rueda tintineando con campanillas²⁵.

²³ *Ibid.*, p. 192.

²⁴ *Ibid.*, p. 192.

²⁵ *Ibid.*, p. 193.

El 25 de marzo, con motivo de su coronación, la joven reina fue paseada por todo París, rutilante de oro y perlas, en una litera tendida de tela de plata. Las celebraciones se prolongaron hasta el 30 de marzo y fueron clausuradas por un enorme banquete ofrecido por la ciudad de París en la gran sala del palacio episcopal, seguido por un baile para toda la corte.

Otro acontecimiento importante fue la recepción de los embajadores polacos, que venían a anunciar al duque de Anjou que había sido elegido Rey de Polonia, en agosto de 1573. La joven reina de Navarra fue el centro de todas las miradas. Brilló por su gran belleza y la riqueza de su aderezo —vestido de terciopelo encarnado cargado de lentejuelas con tocado a juego adornado de plumas y pedrerías—. Por su cultura y su espíritu, deslumbró a aquellos nobles con turbantes de marta cibelina que se expresaban en latín. Esta «diosa de elocuencia» sorprendió al obispo de Posen con un discurso redactado en un perfecto latín.

Más tarde, Margarita de Valois llevó la cultura y el refinamiento a la efímera corte de Nérac²⁶. Consiguió crear y mantener durante algo más de dos años y medio un oasis de paz, de civilidad y amplia cultura: poesía, música, teatro, baile y las mismas diversiones aristocráticas que se llevan en la corte de su hermano en París. En el castillo donde había vivido su tía abuela Margarita de Navarra, hermana de Francisco I, se habla y se discute sobre ciencia, moral y filosofía. La reina atrae a todos los eruditos, sabios y poetas de la región del suroeste. Du Bartas y D'Aubigné residen allí mismo. Montaigne pasa temporadas en la corte. Gracias a la reina, se produce un refinamiento en las costumbres y se adhiere a las teorías neoplatónicas que predicán el amor honesto, considerando al amor humano como reflejo del amor divino y sublimando las relaciones amorosas entre hombres y mujeres. El espíritu de la corte de Nérac ha sido comparado con el que propuso Rabelais para su célebre Abadía de Thélème: un remanso de paz, exento de conflictos y de duelos, una voluntad común para divertirse, una amistad recíproca entre caballeros y damas de igual nobleza y cultura. Su fama llegó hasta Inglaterra y Shakespeare situó en este lugar de ensueño su comedia *Penas de amor perdidas*.

Todos los que frecuentaron esta corte idílica sintieron una profunda melancolía cuando desapareció y lo recordaron como un paraíso perdido.

ENRIQUE III Y LA ETIQUETA

Después de la muerte de Carlos IX, tuberculoso, su hermano le sucede bajo el título de Enrique III²⁷. Es un joven esteta, prendido de lujo y belleza. Le encantan

²⁶ Los reyes de Navarra llegaron a Nérac en agosto de 1579 y permanecieron allí algo más de dos años.

²⁷ Su reino se extiende de 1574 a 1589. Tuvo que volver precipitadamente, abandonando su trono de Polonia para ocupar el que su hermano había dejado vacío. Pero las ganas enormes que tenía de ser rey de Francia no le impidieron pasar una temporada en Venecia, donde se dedicó a disfrutar y a divertirse, antes de volver a París.

los trajes rebuscados, las joyas, los perfumes y los lazos. Le obsesionan los detalles de su vestimenta. Lleva pendientes —enormes esmeraldas o brillantes—, le gusta el baile, la conversación, la compañía de las mujeres, que prefiere a la de los hombres, lo que lleva a pensar que exhibe su naturaleza homosexual. Juega a travestirse y se rodea de una corte de mignons a los que colma de toda clase de favores. Los escoge sobre todo por su belleza física, les viste a su gusto, les manda rizar el cabello, untar de pomada, inundar de perfumes; les cubre de joyas, excesos que provocan risas y burlas entre los parisinos. Aparece, ante la sorpresa de sus contemporáneos, como un «invertido». Casado por su propia voluntad con una doncella de mediana nobleza —Luisa de Lorena-Vaudémont—, la requiere a su lado para todas las ceremonias, los festines y las fiestas oficiales. Su vida, más sedentaria que la de sus predecesores, le permite permanecer más tiempo en su compañía. Siguiendo la etiqueta, la visita a diario después de la comida, cena con ella y la reina madre y pasan la velada escuchando música o bailando.

Hay que distinguir entre los bailes y danzas de corte como la volte, el bransle (Bransle de la torche) y el ballet de cour, importado de Italia y puesto de moda por la reina. Así, ella y su nuera organizaron, con la ayuda del artista italiano Belgiojoso (conocido en Francia por la traducción de su nombre, Beaujoyeux) el tan célebre Ballet comique de la Reine, con motivo de la boda del duque de Joyeuse, en 1581. Para Catalina, el ballet de corte sirve para transmitir un mensaje ideológico. Ella inventa el ballet político y lo utiliza de manera mediática para dar a sus invitados una lectura oficial de los acontecimientos presentes o futuros. En la boda de Margarita de Valois y Enrique de Navarra (1572), se representa: *La Défense du Paradis ou le Paradis d'Amour*. En la representación, participan los grandes. El argumento se inspira en la realidad. Viene a justificar este matrimonio: Enrique necesita casarse con una princesa católica para legitimar su posición. Un año más tarde, será el Ballet des Polonais, para agasajar a los embajadores que venían a ofrecer la corona de Polonia a Enrique. El ballet, organizado por Dorat, Ronsard, Jamyn y Beaujoyeux, tenía un sentido político. No era narrativo sino temático, dedicado a los dos reyes hermanos y a su madre.

Por otra parte, la reina madre no sólo ha intentado inculcar a sus hijos sus gustos artísticos, sino que, además, también les ha dado una educación protocolaria y reglamentada con unos horarios fijos y regulares y un total respeto del orden. Desde que llegó a Francia, ha luchado por engrandecer el culto monárquico, indispensable, pensaba, para fortalecer la grandeza del reino. Este culto debe obedecer a unos rituales bien definidos. Cada acontecimiento, del más pequeño al más importante, debe de estar previsto en sus más ínfimos detalles.

Madame Catherine ocupa un lugar predilecto para dar el tono de la elegancia y del savoir faire. Predica con el ejemplo, practicando con donaire y distinción ejercicios tantos físicos como intelectuales. Es una excelente cazadora, armada de su magnífica ballesta de ébano damasquinada en oro. Le encantan las artes, las ciencias, la literatura. Conoce de memoria los Sonnets y los Amours de su protegido y querido Ronsard. Trabajadora incansable, es una gran política pero, sobre todo, una gran mujer. No es de extrañar que su personalidad arrolladora marcara profundamente su entorno y su tiempo. Su gusto inmoderado por el fasto y el lujo es bien



conocido: aderezos preciosos, fiestas suntuosas. En los acontecimientos oficiales, exige un decoro estricto pero deslumbrante. En la corte, donde triunfa el ballet perfectamente reglamentado de la etiqueta, no hay nada demasiado bello o caro para celebrar la gloria de Enrique III y de la dinastía de los Valois.

Fiel al espíritu de orden y reglamentación que ha heredado de su madre, Enrique III decide reorganizar su Casa. Se trata de actualizar la tradición, de proceder a unos reajustes. Lo hace estableciendo unos reglamentos específicos, concebidos con una minucia extrema, con el fin de precisar los puntos importantes y determinar los detalles prácticos de la vida en la Corte. O sea, se dedica a fijar la etiqueta heredada de la corte del duque de Borgoña Felipe III el Bueno. Dicha etiqueta o código de los usos y costumbres constituye, como ya lo hemos señalado, un instrumento primordial del poder monárquico.

Ya, en 1576, un edicto suyo ha instaurado la prelación de los príncipes de sangre sobre los demás pares de Francia y ha consagrado la preeminencia de la familia real. En agosto de 1578, decreta una ordenanza que desmenuza el desarrollo de la vida cotidiana en sus menores detalles, inclusive las normas de higiene y limpieza elemental. Estipula, por ejemplo, que cada mañana, antes de su despertar, se debe limpiar enteramente el palacio o la residencia en la que el rey se encuentra viviendo. Esta primera ordenanza será perfeccionada y precisada por las de octubre de 1582 y enero de 1585.

Está claro que la etiqueta dicta a la Corte hasta sus gestos más insignificantes, tanto en lo cotidiano como en los grandes acontecimientos del reino, pero también coacciona fuertemente al rey. Cuando dicta la ordenanza de agosto 1578, que reglamenta la etiqueta de la Corte, es plenamente consciente de ello. Pero al codificar los usos, pretende sacralizar su real persona, a fin de que, a su alrededor, cada uno ocupe el lugar y la función que le han sido asignados. Pretende que al obedecer las normas de la etiqueta, nadie se le acerque inoportunamente y todos le rindan pleitesía.

Para terminar, he aquí con todo detalle el reglamento de un día normal en la vida de Enrique III, según las normas de la etiqueta:

La vida pública del rey comienza con el despertar, a las cinco de la mañana en verano, a las siete en invierno. Enrique III se despierta ante una asistencia restringida, compuesta por tantos pares del reino como piezas de ropa se ha de poner. Cada uno de ellos está encargado de presentarle una por una todas las piezas de su aseo, empezando por la camisa. Su primer médico, Laurent Joubert, está presente, pues tiene derecho de visita permanente a lo largo del día.

Cuando su Majestad ya está vestida, se les abre la puerta a los príncipes de sangre, a los hidalgos de la Cámara y a los Maestros de comedor, todos perteneciendo a la alta nobleza. Algunos cortesanos acreditados se juntan a este grupo, siempre que el rey los conozca personalmente. Desde la época de los Capetos, una costumbre cortesana quiere que el soberano les dirija alguna palabra. Si no puede hacerlo con cada uno, se tendrá que acordar de hacerlo otro día. Pero si se le olvida varias veces, su despiste se puede interpretar como una pérdida de favor.

Después del ceremonial del levantar, Enrique III se dirige hacia su gabinete, donde atiende a un consejo restringido, recibe a embajadores, dicta unos despa-

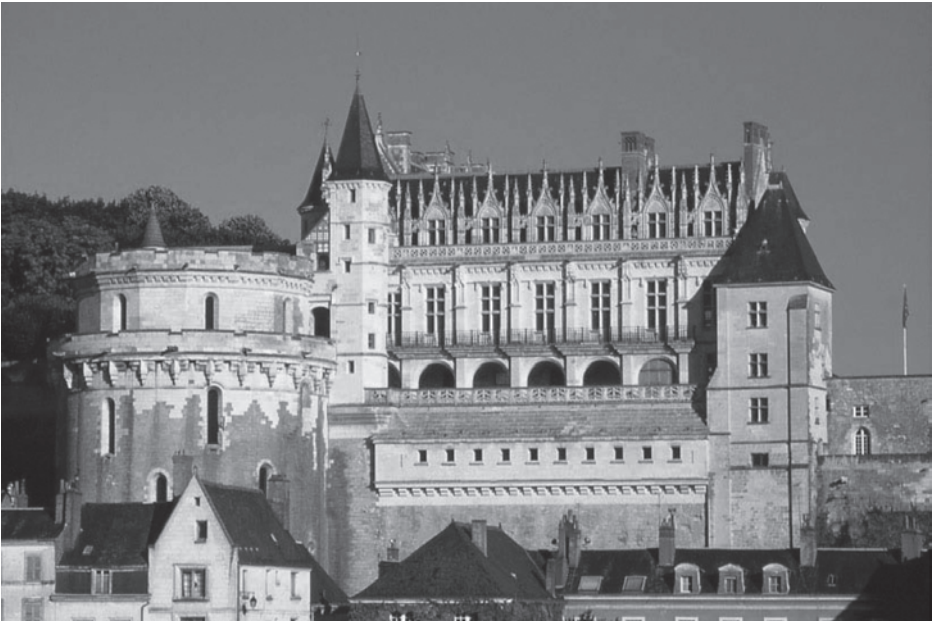
chos, concede sus favores. A las diez, asiste a su misa diaria; luego, a las once, se permite un corto paseo. Aparte de las ceremonias especiales, el dîner del rey, programado entre las nueve y las once según las estaciones, es una comida rápida. En esta ocasión, se muestra extremadamente exigente y puntilloso. Su caldo debe haber sido colada y no tener nada de grasa, la carne debe ser tierna y sabrosa. Cuatro arqueros vigilan el recorrido de los platos desde el office hasta la mesa real, para evitar cualquier riesgo de envenenamiento. El primer médico tiene el honor de verificar su sabor y asegurar que son inofensivos.

Después del dîner (correspondería a nuestra comida actual), el rey se va a casa de la reina Luisa y a casa de la reina madre Catalina. Durante una hora, se abren sus apartamentos al barullo de los cortesanos para un rato de esparcimiento. La que vigila este agradable recreo es la reina madre: las conversaciones, las bromas, las frases espirituales salen libremente, dentro de los límites del decoro y del respeto a Sus Majestades.

A continuación de este ritual conyugal y filial, el rey puede retirarse a sus apartamentos privados y disponer de una horita de intimidad. Según el tiempo, Enrique III sale a cabalgar, pasear o jugar al juego de pelota (Jeu de paume). Al terminar este ejercicio, entre las cinco y las seis, reúne a un nuevo consejo y se dedica a los asuntos urgentes del reino. Luego, pide su cena que comparte con las reinas. El gran maestro y el maestro de comedor mandan encender las antorchas de cera fina y los faroles; millares de luces brillan en las grandes estancias, en los pasillos y las escaleras. La ceremonia de la cena varía según las estaciones: en verano, sobre las siete, en invierno, sobre las cinco. Los príncipes y las princesas de sangre se reúnen alrededor de una procesión de servidores y de platos. En la mesa, Enrique III quiere tranquilidad y pide a los comensales que solamente hablen de temas generales como la historia o la virtud. Después, los jueves y domingos, hay baile. Estos días, los músicos esperan en la sala donde están los tronos de sus Majestades y una veintena de taburetes o escabeles para los más afortunados. Las noches restantes, se da un concierto y, en verano, se procede a dar un paseo en el que participan todos los cortesanos.

El rey Enrique III, que creó tan estricta etiqueta para controlar todos los movimientos de la corte y poder mantener siempre una distancia entre sus súbditos y su persona, fue asesinado en sus apartamentos por un monje fanático. Sus férreas medidas no lograron protegerle de la locura de su asesino. Su carácter piadoso hizo que dejara entrar al religioso sin desconfiar y éste se precipitó hacia él y le atravesó el vientre con su espada. Con él desaparecía el último de los Valois, pero el boato y la etiqueta de su corte permanecerían hasta la corte del Rey Sol e incluso hasta el final de la monarquía francesa.





Amboise.



Lousie de Savoie.



Margarita de Valois-Angoulême.



François I.



Catherine de Médicis.



Máscara mortuoria de Henri II.



Henri III y sus 'mignons'.



El balet de la Corte.